

Jornada Arquidiocesana de la Juventud (05-09-23)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

(Después de escuchar los testimonios de los jóvenes)

¡Un aplauso para ellos, a todos! Muchas gracias.

Ellos han dicho una o dos ideas que les quedan, pero parece que hay un “chorro” enorme, un “choclon” de ideas y propuestas de ustedes, así que vamos a hacer - como lo hicimos en la primera jornada, hace un año - vamos a recoger todo lo que ustedes han escrito, han dicho y, con ellas, elaboraremos la carta pastoral. Así tiene que ser todos los años, porque hay una carta pastoral para los jóvenes con orientaciones, pero se hace en diálogo con ustedes, de tal manera que frases que hayan escrito, inclusive, las van a ver en el escrito que salga. Vamos a demorarnos un poquito porque hay que recoger todo, pero lo vamos a tener en cuenta. Ojalá que la podemos hacer pronto para todos, pero recogiendo sus ideas y propuestas.

Esto es muy importante, chicos y chicas, porque la Iglesia se hace siempre sinodalmente. Y esta idea, que es antigua de la Iglesia, la ha rescatado el Papa Francisco. Y este año también la Jornada Mundial de la Juventud, en la cual han estado dos de nuestros amigos que, al final de la Misa, nos van a dar un testimonio, esta JMJ es una de las más sinodales que se hizo.

Se dice sinodal en el sentido que han sido compartidas, discutidas, se ha hablado, se ha conversado para escuchar. Y ustedes se dan cuenta la diferencia que hay de cuando uno se escucha por Zoom o por Internet, por Teams, que

escucharnos mirándonos las caras, conversando, participando. Ya en la primera jornada que hicimos, que fue inmediatamente después de la Pandemia, fue una cosa impresionante, y veo que ustedes han heredado una cosa que ha comenzado hace un año: el gesto de aplaudir después de cada canción en la Misa. Eso nunca ha existido, se termina una canción y, bueno, se va; y si se aplaude es porque ya se están despidiendo, pero ustedes aplauden después de cada canción, y eso está muy bien, porque es un recuerdo de nuestra alegría, de nuestra aprobación, de que estamos yendo en el Espíritu de que lo vemos presente en las cosas que hacemos, en las cosas que nuestros amigos dicen, en los cantos que hacemos.

¿Por qué eso es importante? ¿Por qué ese tipo de manifestaciones alegres son importantes? Porque todo lo que es expresión humana está llamado a ser escuchado y reconocido. Necesitamos, entonces, ser valorados para poder seguir adelante. El ser humano necesita aliento para vivir, eso lo sabía el Señor, por eso es por lo que, desde el inicio, cuando Él creó al primer ser humano, *lo sopló*: El Señor le dio “nefesh”. El “nefesh” no es el “ruaj”.

Hay dos ideas: el “ruaj”, que es el espíritu creador que cambia el mundo, que forma los planetas. Y hay el “nefesh”, que es la suave brisa, ese airecito que, en el verano, corre por la calle, y uno puede salir tranquilo y siente una tranquilidad. Ese espíritu bonito es el que se parece al suspiro. Cuando ustedes se enamoran, les viene el “nefesh”, porque se enamoran así, con un espíritu sencillo que les va trayendo poco a poco y después se va haciendo un poquito más apasionado y, luego, hay que más o menos controlarlo.

Bueno, hoy día, en el Evangelio (Mateo 16,21-27), el Señor nos presenta este mensaje a través del diálogo con Simón Pedro. No sé si se acuerdan la semana pasada qué cosa dijo Pedro: *“Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios Viviente”*. Y, ¿el Señor qué hizo? ¿Lo maldijo, por eso? No, lo felicitó y le dijo: *“Bienaventurado tú, hijo de Jonás, porque no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en el cielo”*. O sea, has estado inspirado, Pedro, te has dejado llevar por el Espíritu Santo. Y ese Espíritu, en el cual fuiste creado, también ese Espíritu te acompaña siempre si te dejas llevar por Él.

Pero, ahora, ¿qué ha pasado en este texto del Evangelio? Porque Pedro, cuando el Señor habla, le dice: *“El Hijo del Hombre tiene que padecer”*, es decir, le adelanta que el Señor tiene que ser matado, crucificado y resucitado, al tercer día. Y Pedro, ¿qué hace? Rechaza, diciendo: *“Eso no te puede pasar”*, y Pedro se lo lleva aparte para “corregirlo”, y le dice: *“¿Cómo dices eso, Señor? No estés diciendo esas cosas”*.

Pedro asume esta actitud de “reprochar” porque el Señor le había dado el poder de las llaves. *“Todo lo que ates en la tierra será atado en el cielo”*, le dijo Jesús. Y, entonces, Pedro ya se creía presidente de la República, que puede hacer y deshacer lo que quiera.

Vemos que, en los últimos presidentes, en toda la historia de nuestro país, cada uno quiere hacer y deshacer, y después caen inmediatamente. Por eso, cuando el Papa Francisco vino en el año 2018, preguntó: *“¿Qué pasa en el Perú que todos los presidentes están en la cárcel?”*. Y es porque, cuando no nos dejamos llevar por el Espíritu y, más bien, hacemos caso a nuestros miedos, a nuestros intereses, o no nos gustan ciertas cosas del Señor,

entonces, ya dejamos de ser cristianos o cambiamos el ser cristiano a otra cosa.

La vez pasada, una señora me decía, muy creyente ella: “A mí, mi Señor me acompaña siempre y me justifica todo lo que hago”. Y yo le digo: “O sea que usted le manda un sopapo a su hijo y lo deja medio herido y, entonces, el Señor le acompaña”. “¡Sí! - me responde - porque hay que corregir a los chicos”. Es cierto, pero no tan sanguinariamente.

Bueno, el asunto es que, a veces, nosotros pensamos que Dios está con nosotros y podemos hacer lo que sea. Es verdad que el Señor nos aguanta, eso es seguro, pero nos corrige también, y nos corrige de una manera muy interesante, abundando en su amor hacia nosotros.

Por eso, su amor es un amor que nos induce a decir: “¿Estaré haciendo bien con lo que estoy diciendo?”. Y ahí tenemos, entonces, un problema en Pedro: no se deja totalmente llevar, en toda circunstancia, por el Espíritu del Señor. El Padre lo iluminó en el momento en que Jesús les pregunta a todos quién dice la gente que es Él, y después Pedro responde: *“Tú eres el Hijo de Dios vivo, eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”*. Pero ¿qué pasa? Que, cuando Jesús pone una objeción, en el sentido de que presenta un camino difícil, entonces, Pedro se vuelve retrechero. Dice: “¡No es posible!” y, entonces, empiezan los miedos y cosas.

Esto es muy importante, hermanos y hermanas, muchachos y muchachas, porque en el mundo actual todos tenemos ambiciones y deseos, problemas y heridas (como los chicos que han expresado ahora en sus exposiciones); tenemos errores y necesidades. Y, entonces, necesitamos

no tanto que el Señor tenga más fuerza del Espíritu, porque Él lo manda todo completo, lo ha entregado hasta la muerte en la expiración de Jesús, que nos dio todo su Espíritu. Y, para eso, entonces, llegó a toda la humanidad, y todavía está que pulula por todas partes, de lo contrario, ustedes no estarían todo el día aquí.

Si el Espíritu no hubiera soplado, no se hubieran inspirado para venir, y ese coro tan lindo que se ha formado, parece que son 200, pero, en realidad, son 40 nada más. Y es que el Espíritu está regado por todos lados, aparece en todas las cosas, porque Él ha tocado toda la humanidad. Su muerte ha sido una muerte de todas las muertes y, simultáneamente, su Resurrección nos ha llenado de esperanza. Es el único caso de experiencia religiosa en el mundo que, justamente, nos habla de eso, de que Dios vive y mora en nuestra historia. Dios no está solamente en el otro lado del mundo, en el más allá, sino que se ha metido en el “más acá”. Dios se ha metido aquí para que nosotros aprendamos a acogerlo, a recibirlo, y para que este mundo sea un anticipo del Reino de Dios. Ése es el objetivo.

Esto es muy importante porque, uno dice: “El Señor ha venido para salvar nuestra alma, no para salvar nuestro cuerpo”. No es así, el Señor ha venido para salvar el alma y el cuerpo, las dos cosas. Y en el cuerpo ocurren muchas cosas interesantes, de lo contrario, uno no se enamoraría, no se tendría hambre (a pesar de que acabamos de comer). Por lo menos, nuestra Cáritas Lima nos ayudó un poquito y hemos compartido algo. Ya, en la noche, van a comer bien en la casa, pero lo bueno es que hemos compartido.

Y, entonces, todos tenemos necesidades, y en esas necesidades ocurre que necesitamos vivirlas con un

sentido de amor y de servicio, porque si no, nos “tragamos” al vecino, seríamos todo caníbales, ¿no es cierto? Si tenemos ganas de comer y no hay qué comer, me “como” al vecino o a la vecina (y hay otros que se comen de otra manera a la vecina) Y eso es terrible, porque generan problemas de violación, de violencia e, incluso, en los grupos católicos hay ese problema y en la Iglesia hay este problema. Pero tenemos que superarlos, acogiendo al Espíritu que nos inspira para actuar de una u otra manera.

Hoy día es fundamental que el aspecto más importante de toda la pastoral juvenil de la Iglesia sea el Espíritu. Como ustedes han dicho: ¿Qué hacemos para que haya tantos jóvenes en toda nuestra ciudad y en todo el país que andan por ahí? Y, entonces, ¿cómo hacemos para que ese Espíritu llegue a ellos? Algunos me dicen que hay que traerlos a la Iglesia. Yo les pregunto: Y, ¿por qué no vamos nosotros, más bien?

¿Han visto ayer a los chicos de los caporales bailando? Los muchachos del Seminario Santo Toribio se organizaron para hablar con ellos y fueron al Paseo de los Héroes Navales, donde estaban bailando. Y resulta que ellos también son creyentes como nosotros, pero a su modo, bailando. Tienen un montón de grupos preciosos, y ayer hemos visto lo lindo que han bailado, sobre todo, ese último grupo de los caporales que, en un momento, hacen un salto muy alto y parece que todos están en el aire flotando, y ustedes gritaron: “¡wow!” Porque parecía un milagro que todos salten y se veía que el piso se quedó sin pies al elevarse tan alto.

Esto nos recuerda que el arte, la música, la danza, son también expresiones del espíritu. Y, entonces, no necesitan ser católicos, de Iglesia, que están todo el día en la capilla

(habrá a algunos que les guste más estar en la capilla, como los acólitos), pero, también, pueden estar en la calle, porque ahí también está Dios.

Se acuerdan ustedes de ese pasaje del capítulo 8, de Hechos (y si no lo saben, ahora tienen el Evangelio para mirarlo), este eunuco etíope, que estaba leyendo y tratando de enterarse qué cosa significaba ese siervo sufriente que estaba ahí, que estaba muriendo por los demás. Y el Espíritu le manda a Felipe a que se acerque y hablan, conversan y, finalmente, de la conversación dice: “¿De quién habla él? ¿De este u otro?”. Y él le predica a Jesús, y después este pide bautizo y dice al final: “Y Felipe fue llevado por el Espíritu a otra parte, y el eunuco se fue muy feliz por su camino”. No se necesita que todo el mundo venga necesariamente a la Iglesia directamente, al local, porque la Iglesia se va haciendo en el camino.

Por eso, el Papa dice que la Iglesia es en salida, porque está potencialmente en todos los que buscan, porque Dios está presente y su Espíritu caminando. Lo que pasa es que necesita el aliento, el llamado, la comunicación, el Evangelio, la evangelización, no el adoctrinamiento (eso viene después porque perfecciona la evangelización).

Se necesita, diríamos, el primer anuncio para encender la chispa, y todos nosotros aquí somos encendedores de la chispa que va a generar el fuego del amor en todo nuestro país, especialmente, en nuestra ciudad. Y, por ende, todos los jóvenes, inclusive, los “malandros” que andan por ahí, robando celulares, pueden ser aquellos que, en medio de sus equivocaciones, con el Espíritu del anuncio de todos los que estamos acá y de todos nuestros hermanos de las demás parroquias, logren que la juventud empiece una nueva etapa en la historia de nuestro país, la historia del

hermanamiento nacional, donde dejemos de pelearnos y, más bien, nos amistemos para construir una Patria como la quería nuestra querida Rosita de Lima, una partecita del cielo. No un pedacito de cielo, una partecita del cielo, o sea, un anticipo del Reino de Dios en esta tierra.

Por eso, vamos a darle gracias a todos por haber venido hoy día y, sobre todo, vamos a comprometernos como María. Hoy día, estamos en sintonía con todo lo que se hizo en la Jornada Mundial de la Juventud, y dos de nuestros hermanos, al final de la Misa, dirán algo para estar unidos a ellos, pero a nivel mundial todos los jóvenes estamos organizándonos para ir logrando un mundo distinto, sobre todo, en la crisis enorme en la que estamos, que ustedes muy bien han reconocido en las primeras conclusiones.

Por eso, vamos hoy día, entonces, a dirigirnos al Padre para que, por medio de su Espíritu y la fuerza del encuentro con su Hijo, permita que todos podamos anunciarnos mutuamente el Evangelio y tener la esperanza de que ese soplo nos enciende. Y, así, el Señor, como dice en el texto tan lindo (Jeremías 20,7-9), nos seduzca: *“Me sedujiste, Señor, y yo me dejé seducir”*. Eso es muy importante, a pesar de que haya muchos problemas.

Que Dios los bendiga y gracias por esta preciosa jornada, esta maravilla de que los jóvenes estemos aquí reunidos.

Amén